

SOLEMNIDAD DEL SANTISIMO CUERPO Y SANGRE DE CRISTO (CICLO A)

No sobra el recordar que aquí no vamos a hacer una exposición acerca del Dogma de la Eucaristía, sino que queremos presentar el significado de la Fiesta del Cuerpo y Sangre del Señor. No son pocos los que se preguntan el por qué de esta Fiesta.

Queremos volver nuestra mirada a la historia para ver el origen de la misma; nos detendremos en los textos eucológicos y en la Liturgia de la Palabra. Después de examinarlo todo, nos unimos a la Iglesia en esta actitud festiva; pero señalando algunas orientaciones para una mejor comprensión de esta Solemnidad. No queremos ser raquíticos a la hora de manifestar nuestro gozo, nuestro entusiasmo, nuestro amor hacia la Eucaristía; pero deseamos saber qué celebramos para que así nuestro testimonio brote de la razón, del entendimiento y también del corazón.

En estas tres grandes solemnidades, que siguen a la Fiesta de Pentecostés: La Solemnidad de la Santísima Trinidad, del Cuerpo y Sangre de Cristo y el Sagrado Corazón de Jesús deben unirse conjuntamente el sentimiento y el entendimiento; la razón y el corazón. Ante la sublimidad del Misterio, el hombre puede detenerse en una parte del mismo, no valorando e impidiendo la visión total del mismo. Nunca el hombre podrá abarcar todo el Misterio celebrado; pero nunca le será lícito anclarse en una porción del mismo.

En el Misal del año 1570 (El misal del Concilio de Trento) esta fiesta era llamada así: "En la fiesta del Cuerpo de Cristo". El Misal del Vaticano II, del año 1970 la designa así: "Solemnidad del Santísimo Cuerpo y Sangre de Cristo". Afirmamos que ha sido acertado el cambio, la variación. Una teología nueva y más amplia se expresa ya en el título. Quizá todavía no hemos llegado a darnos cuenta de la modificación. Deberíamos esforzarnos más a la hora de dar la comunión con las dos especies. El significado de la Eucaristía queda enriquecido, cuando es contemplado con este nombre.

Es conveniente averiguar el origen de esta Fiesta. No estoy de acuerdo totalmente con los que piensan y afirman, quizá un poco despiadadamente que el principio de este culto a la Eucaristía sea debido a una desviación del contenido de la misma, a una falta de profundidad en el conocimiento recto de la Teología de la Eucaristía. Cuando el hombre quiere hablar con Dios, lo hace con el corazón y con la razón. Quizá queda eclipsado, impactado por lo inmediato, por lo más palpable, lo más tangible y motivado por este impacto, no quiera seguir reflexionando, pues le parece que ya le basta con lo que sabe. De aquí que se quede en la parte, pues le basta.

Resumo muchísimo este aspecto histórico, me limito a decir que las raíces más remotas de esta Fiesta se encuentran en la veneración típicamente medieval del Santísimo Sacramento. El Papa Urbano IV prescribe la fiesta para toda la Iglesia en el año 1264.

Está bien que digamos algo acerca de la Procesión de esta festividad, no para suprimirla, sino para saberla interpretar bien y al realizarla correctamente, nuestro culto y amor al Santísimo sean verdaderos. La bula de Urbano IV no habla de ella, se tiene noticia por primera vez de su existencia en el año 1277 en Colonia. Quizá sería

importante saber algo más, pues queda un tanto desfigurado su sentido, su finalidad, al querer revestirla de cierta grandiosidad y barroquismo e intentar repetir algunas cosas, que con el tiempo se le fueron añadiendo.

El Misterio compromete el interior del hombre; cuando éste no tiene valentía ante este compromiso, se agarra a otras manifestaciones, que no están mal; pero no son las acertadas. Al comienzo del movimiento eucarístico surgió un gran deseo en el hombre medieval de ver (no *comer*) la hostia; este deseo llevó a elevarla después de la consagración, quizá de una manera excesiva. Tenemos testimonio de este hecho en el año 1200 en París.

Los liturgistas distinguen entre la Fiesta-Misterio-Salvación-Acción y la Fiesta-Misterio-Idea. La Solemnidad del Cuerpo y Sangre del Señor pertenece a la Fiesta-Idea. Creo que es muy conveniente tener esto presente, pues de otro modo nos perdemos y no sabemos a dónde vamos.

La Liturgia no puede expresar todo el Misterio, pues es una celebración puntual. Si esto sucede cuando se trata del Misterio-Acción, mucho más cuando esa Fiesta es una Idea, una concreción del Misterio. La Fiesta-Idea expresa y manifiesta la atención, la preocupación, la teología reinante, cuando surgió tal Fiesta. Esta recibe su interpretación del contexto en el cual aparece.

La Piedad eucarística medieval no parte de la acción eucarística (de la Misa), sino que pone el acento en la veneración de las especies eucarísticas independientemente de la celebración.

Esta incorrecta interpretación todavía la estamos viviendo. Quizá esa falta de ilusión ante la Solemnidad del Cuerpo y Sangre del Señor que algunos expresan, sea debido a esto: a una teología deficiente que motivó la existencia de esta Fiesta.

Se trata de la veneración y de la adoración de unos de los elementos de la acción eucarística, esto es del *pan consagrado*.

Esta visión limitada e insuficiente se agrava todavía más, cuando esta Fiesta conmemora más la institución del sacramento (que tuvo lugar el Jueves Santo) que el acontecimiento pascual, en el cual tuvo lugar la institución; ésta queda aislada, como un hecho independiente. Lo importante para esta Fiesta es la presencia estática y no la presencia dinámica, el aspecto esencialista (la presencia del Señor en las especies consagradas) y no el existencialista, vital, comprometido.

En la Bula de Urbano IV de 1264 se expone una teología de la Eucaristía correcta, fundamentada en la tradición; pero al exponer lo que se pretende con la Fiesta, [que es lo que motiva la institución de esta Celebración,] se percibe una restricción y aislamiento teológico. Preferentemente se trata de recordar solemnemente, una vez al año, la institución de la Eucaristía, como algo muy importante; pero desconectado. Nunca se debe separar la doble "traditio" del sacramento y la "traditio" del Señor a la muerte, si queremos comprender y valorar debidamente la Eucaristía.

La idea, el aspecto de la Eucaristía que se quiso acentuar con la Fiesta del Cuerpo del Señor, no respondía a la sana teología de la Eucaristía, expresada en los formularios litúrgicos. La Oración Colecta, de las Ofrendas y después de la Comunión del Misal del 1570 han pasado a nuestro Misal. Después analizaremos la Oración primera. En el misal del concilio de Trento el prefacio de esta Fiesta era del común, pues no tenía ninguno propio. La celebración hoy de esta Fiesta dispone de dos prefacios, que son acerca de la Eucaristía.

En el Misal del año 1570 existía una Secuencia, que en la parte central (estrofas 10-20) representa una composición poética doctrinal-dogmática, en la cual viene

afirmada la verdad de la transustanciación o de la presencia completa de Cristo en toda especie, (idea clave de la Fiesta). Hoy es libre la proclamación de esta Secuencia.

En el Misal del año 1570 solo existían dos lecturas: 1 Cor II, 23-29 y Jn 6,56-59; hoy tenemos 9 lecturas: tres para cada ciclo. Estas lecturas han ensanchado el ángulo de visión a la hora de contemplar la Eucaristía.

Antes de pasar a examinar la Teología de la Eucaristía, expresada en la Liturgia de la Palabra y en los textos eucológicos, insinuamos una vez más lo siguiente: lo que se quiso conmemorar, celebrar, festejar con la Fiesta del Cuerpo de Cristo es un aspecto de la Eucaristía, que empobrece la recta comprensión de la misma. Es de lamentar que se siga olvidando todo el conjunto eucarístico, quedándonos en una parte.

Ha sido la procesión del Santísimo Sacramento la que ha ayudado a favorecer la comprensión popular de esta Fiesta (pobre en sus motivaciones). Con la procesión la fiesta del Corpus Christi llega a ser la fiesta de la veneración del Señor bajo la especie del pan. El Concilio de Trento (muy condicionado) y el período postridentino han consolidado y acentuado más esta teología limitada de la Fiesta.

Todo lo dicho hasta ahora, de por sí no entra en una homilía, aunque creo que es muy importante. Lo que vamos a expresar desde este momento es el verdadero comentario a la Fiesta que celebramos.

Es interesante saber qué teología acerca de la Eucaristía se desprende de la Eucología. Sólo indicamos lo referente a la oración Colecta.

“Oh Dios, que en este sacramento admirable nos dejaste el memorial de tu pasión;

Te pedimos nos concedas venerar de tal modo los sagrados misterios de tu Cuerpo y de tu Sangre,

Que experimentemos constantemente en nosotros el fruto de tu redención”
(Oración Colecta)

Hemos recordado que esta bella oración ha pasado del misal del año 1570 al Misal actual. No queremos alargarnos; pero señalamos que la teología que se expresa es correcta e ilumina el significado de la Fiesta. Ambienta perfectamente la Institución de la Eucaristía en una dimensión dinámica, abierta y no solo esencialista.

Esta oración nos puede ayudar a celebrar bien la Fiesta del Cuerpo y Sangre de Cristo.

Expongamos la Teología sobre la Eucaristía, que brota de la Liturgia de la Palabra, propuesta por la Iglesia.

Primera Lectura: Deuteronomio 8, 2-3. 14b- 16a

La Primera lectura está tomada del capítulo 8 del libro del Deuteronomio. No vamos a analizar todo el capítulo, sino sólo los cinco versículos elegidos y que nos ayudan a comprender el Gran Misterio de la Eucaristía en sus múltiples aspectos.

El capítulo 8 se ocupa del recuerdo del Exodo y de la estancia en el desierto y también de la posesión de la tierra Prometida. Se trata del final de una etapa que comenzó con la alianza en el Horeb, y el principio de otra, que se comienza con la alianza en Moab.

La primera mitad del capítulo (vv. 2-10) cuenta una historia parecida a la de la segunda mitad (vv. 12-18). La primera la cuenta para recordarnos la gracia del

Señor en el Desierto y que lo bendigamos, se trata del final de una etapa, mientras la segunda nos la cuenta para advertirnos que no seamos arrogantes y no olvidemos al Señor, se comienza otra etapa.

Al hacer una mirada retrospectiva del pasado, nos damos cuenta de lo siguiente:

Fue el Señor el que dirigió la marcha por el desierto durante cuarenta años para humillar al pueblo de Israel, poniéndolos a prueba para saber lo que había en su corazón, si cumplirían o no sus mandamientos (v. 2; cf. v. 16)

Fue el Señor quien les dio maná en el desierto. Lo importante es que el Señor alimentó a Israel con pan del cielo. Entonces, Israel tuvo que caminar por el desierto durante cuarenta años, pero no le faltó nada.

El Señor les probó para conocerlos (v. 2), pero fueron ellos los que aprendieron que no se vive sólo de pan, sino de cada palabra que sale de la boca del Señor.

Todo esto es pasado, salpicado por la providencia de Dios, manifestada en su poder liberador y en su generosidad en el Desierto.

Quizá nos resulta un tanto extraño por su reduccionismo el v. 2. La intervención de Dios no solamente tiene una finalidad pedagógica, sino también reveladora no sólo de qué es el hombre, sino Dios.

Te humilló, te hizo pasar hambre, te dio a comer el maná que ni tú ni tus padres habíais conocido, para mostrarte que no sólo de pan vive el hombre, sino que el hombre vive de todo lo que sale de la boca de Yahveh. Este versículo justifica la elección de este texto para la Solemnidad del “Cuerpo y Sangre de Cristo”.

Nos sentimos un poco desconcertados de la lógica y del razonamiento de este versículo, que es verdadero; pero que nosotros esperábamos otra finalidad. En medio del hambre del hombre, Dios se hace presente, providente, alimentando su cuerpo con el pan. El hambre del hombre acerca de Dios no es solamente de tipo somático, sino de abertura ilimitada a la voluntad de Dios. Dios alimenta nuestros cuerpos con el pan; pero seguimos teniendo hambre, pues nuestro ser no se sacia con algo menos que infinito. Los místicos hacen la mejor exégesis de este versículo.

La Eucaristía será bien entendida (dentro de lo posible), cuando es considerada como expresión del querer de Dios, de su Voluntad.

El pasado no fue halagüeño; pero fue transparente de la Presencia de Dios, que no olvidó a su pueblo.

El presente-futuro es más radiante, luminoso, prometedor, incluso tentador, que puede hacer que el hombre olvide a Dios.

No comprendemos por qué la Liturgia no ha tomado también el v. 14 a: “*Que no se engría tu corazón ni te olvides del Señor tu Dios*”. El versículo 14 a nos da la pauta para poder comprender el futuro del pueblo de Israel.

La tierra de Canaán, tema central en este capítulo, contrasta con el desierto y con el país de Egipto. Egipto simboliza la esclavitud; es el país de donde el Señor hizo salir libre a su pueblo (Dt 8, 14). El desierto, a su vez, es el lugar baldío, donde el Señor tiene que hacer salir agua de la roca (Dt 8, 15) para que su pueblo pueda continuar con vida. En la tierra que ahora les va a dar en posesión, no tendrá que repetir el milagro; la misma tierra es un milagro, pues no sólo manará en ella agua

abundante, sino que manarán leche y miel, y en ella podrán disfrutar los israelitas de toda clase de bienes (Dt 8, 9.12-13). Por eso ellos deben reconocer que todos estos bienes proceden del Señor, y que no sólo de pan vive el hombre, sino de todo lo que sale de la boca del Señor (Dt 8, 3), esto es, de su palabra, de sus mandamientos (8, 26).

La experiencia del desierto se aduce como lección para la vida en la tierra de Canaán. De los caminos del desierto, a los caminos de Dios. De él brota la vida. El es su fuente última.

Dios no es solamente Dios, cuando suple las carencias del hombre; sino también cuando el hombre con su trabajo tiene riquezas, tiene poder.

El Pan será siempre signo del Dios providente, pues alimenta; pero también será signo de un Dios creador, que dirige la historia, respetando la autonomía del hombre,

El ciclo producción-consumo se explica a sí mismo, se justifica y se cierra a la intervención de Dios. Su explicación adecuada es la fuerza y el talento humano aplicados a una tierra buena. Dios desaparece del horizonte práctico: es olvidado; no es necesario ni para realizar el proceso ni para explicarlo.

Contra la tentación del olvido, el autor propone el remedio de la memoria, no sólo del Señor, sino también de su acción histórica. Se remonta al momento crítico en que los israelitas van a entrar en la tierra.

El pueblo ha de recorrer tres etapas encadenadas: recordar, reconocer, guardar. Recuerda tres aspectos del desierto, cada uno con su explicación teológica: camino, comida, vestido.

Podríamos decir que es un texto muy afortunado y bien traído. La Eucaristía no solo es presencia de Dios adorante, sino también operante. El Pan, símbolo de la Eucaristía, abarca y expresa toda la intervención de Dios a favor de su pueblo, que recuerda, reconociendo a Dios en el pasado; también lo debe reconocer en el presente, aunque su presencia adquiera otros matices: la autonomía del hombre no debe eliminar la presencia del buen Dios, sino que la reclama.

Salmo 147, 12-13. 14-15. 19-20

Estríbillo: *“Glorifica al Señor Jerusalén “*

Himno de alabanza y acción de gracias a Dios. Los vv. 12-20: Dios en la creación y en su pueblo

v. 14: *te sacia con flor de harina.*

2ª Lectura: 1 Cor 10, 16-17

*La copa de bendición que bendecimos ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo?
Y el pan que partimos ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo?*

Porque aun siendo muchos, un solo pan y un solo cuerpo somos, pues todos participamos de un solo pan

10, 16-17: en estos versículos San Pablo nos ofrece una densa enseñanza sobre la eucaristía como comunión con Cristo y con los hermanos. Se expresa y afianza una especie de parentesco “carnal” de “¡con-sangui-nidad!” misteriosa con el Señor.

La copa de bendición procede del ritual judío y es transformada por Jesús (Lc 22, 19-20). La copa de bendición: la tercera copa ritual de la cena de la Pascua, sobre la que se pronunciaba la bendición, se llamaba copa de bendición.

El pan que partimos: los primeros cristianos llamaban a la eucaristía “fracción del pan”. Comunión: *koinonía*, “unión”

Al comer el pan y al beber la copa, los cristianos se unen a Cristo (no simplemente *lo adoran*) en unión íntima, porque la eucaristía es su cuerpo y su sangre. De esta unión eucarística se deriva la unión real de todos los fieles, unos con otros, en un solo cuerpo.

El bautismo incorpora al cristiano en el cuerpo del Señor resucitado; la eucaristía, en la que cada comulgante recibe el cuerpo de Cristo, robustece y estrecha esta unión. La eucaristía es, por consiguiente, el *sacramentum unitatis ecclesiae* (Agustín), y cuando recibimos el pan eucarístico, Cristo nos asimila y nos transforma, haciéndonos cuerpo suyo.

Al Celebrar la Solemnidad del Cuerpo y Sangre del Señor debemos tener presente todo lo que se desprende de las lecturas elegidas. Es necesario que se den la mano las dos teologías: la bíblica y la teología escolástica, propuesta especialmente en la Eucología.

Evangelio: Jn. 6, 51-58: Discurso Eucarístico. Lectura evangélica del día.

Existe también en este mismo capítulo un discurso sobre el pan de vida: 35-50.

No debemos olvidar, sino tener muy presente que existen dos desviaciones posibles, de las cuales debemos escapar.

No se debe caer en el “*Sacramentalismo*”. Los sacramentos exigen la fe y la aumentan. Tampoco debemos ser víctimas del *fideísmo*. Este error proclama la importancia de la fe sin necesidad de los sacramentos.

Una lectura parcial de los versículos 51-58 podría inducirnos a una sobrevaloración de los sacramentos: *comer el cuerpo del Señor, beber su sangre*. Lo mismo sucedería con los versículos 35-50 al ensalzar demasiado la fe sin los sacramentos.

El capítulo 6 de San Juan es una verdadera apología de la fe y del sacramento. Vamos a estudiar los versículos, propuestos por la Liturgia de la Palabra de la Eucaristía de esta Solemnidad, ciclo A.

No es un atrevimiento el decir que estos versículos en su origen no ocupaban este lugar, sino que su sitio adecuado sería en el capítulo 13, capítulo pronunciado en la Cena Pascual. No era posible que Jesús pronunciase este discurso en la sinagoga de Cafarnaún

El tema eucarístico, que ocupaba un lugar secundario en los vv. 35-50, pasa ahora a primer plano y se convierte en tema exclusivo.

Ya no se dice que la vida eterna está condicionada a tener fe en Jesús, sino que depende *de que se coma su carne y se beba su sangre*. (v. 54)

Debemos señalar a pesar de todo que los vv. 51-58 presentan una notable semejanza con los vv. 35-50, en ellos aparece un nuevo vocabulario: “comer”, “beber”, “carne”, “sangre”.

Hay dos indicios llamativos de que se piensa en la Eucaristía. El primero es la insistencia en la idea de comer la carne de Jesús y beber su sangre.

Para que las palabras de Jesús en 6, 53 “*Jesús les dijo: «En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros»*” puedan interpretarse en un sentido favorable, han de referirse a la Eucaristía. Reproducen sencillamente las palabras que escucharon en el relato sinóptico de la institución de la eucaristía (Mt 26,26-28)

El segundo indicio de que se trata de la Eucaristía es la fórmula que aparece en el v. 51 : “*El pan que voy a dar es mi carne, para que el mundo viva*”. Estas palabras se parecen a la fórmula lucana de la institución: “Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros.

Antes de presentar el mensaje de los versículos de este texto, recordamos algunas cosas importantes, que nos pueden ayudar en esta comprensión.

Carne y sangre equivale a la totalidad del hombre:” *Replicando Jesús le dijo: «Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos»* (Mt 16, 17); “*Os digo esto, hermanos: La carne y la sangre no pueden heredar el Reino de los cielos: ni la corrupción hereda la incorrupción*” (1 Cor 15, 50)

La articulación en dos elementos constituyentes permite el simbolismo del comer y beber.

Ahora bien, semejante doctrina se aparta violentamente del AT: porque “comer la carne” significa hostilidad destructiva: “*Cuando se acercan contra mí los malhechores a devorar mi carne, son ellos, mis adversarios y enemigos, los que tropiezan y sucumben.*” (Sal 27, 2), canibalismo desesperado “*Les haré comer la carne de sus hijos y la carne de sus hijas, y comerán cada uno la carne de su prójimo, en el aprieto y la estrechez con que les estrecharán sus enemigos y los que busquen su muerte.*» (Jer. 19, 9)

Ser comida la carne y bebida la sangre es el final macabro de un suceso: “*En cuanto a ti, hijo de hombre, así dice el Señor Yahveh: Di a los pájaros de todas clases y a todas las fieras del campo: Congregaos, venid, reuníos de todas partes para el sacrificio que yo os ofrezco, un gran sacrificio sobre los montes de Israel; comeréis carne y beberéis sangre*” (Ez 39, 17)

Por otra parte, consumir la sangre, sede de la vida, estaba severamente prohibido: “*Sólo dejaréis de comer la carne con su alma, es decir, con su sangre,*” (Gen. 9, 4)

No es extraño que la enseñanza de Jesús escandalice. Este pasaje es un eco del logion consignado por Pablo en 1 Cor 11, 24: “y después de dar gracias, lo partió y dijo: «Este es mi cuerpo que se da por vosotros; haced esto en recuerdo mío.» (1 Cor 11, 24)

Nótese que Jn pone en labios de Jesús el término “carne”, mientras que en Pablo y en la tradición sinóptica el término eucarístico es “cuerpo”.

Muchos investigadores afirman que en la última cena Jesús hubo de decir el equivalente arameo de “*esto es mi carne*”.

Presentamos el mensaje de estos versículos:

Yo soy el pan vivo, bajado del cielo: aquí bajado del cielo incluye la encarnación-muerte-sepultura-resurrección y exaltación. El pan vivo el mismo Jesús: su carne-cuerpo y su sangre (Plenitud).

Si uno come de este pan, vivirá para siempre: hay dos escatologías: una ya realizada (de la cual habla mucho San Juan) otra es una escatología final (también habla de la misma el evangelista teólogo). Aquí Jesús se refiere a las dos: vivir espiritual ya, aunque todavía no. Podríamos acentuar mucho esta vivencia; pero creo que está claro.

Y el pan que yo le voy a dar, es mi carne por la vida del mundo. No se trata de una metáfora; pero tampoco debemos insistir demasiado en la literalidad, sino en su significado simbólico-sacramental (siempre será un misterio).

Discutían entre sí los judíos y decían: «¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?» Ellos entendieron literalmente el significado “mi carne”. Siempre San Juan presenta por parte de los judíos la comprensión literal; de aquí su escándalo.

Tanto la expresión como el contenido de la Eucaristía serán un misterio. Debemos darnos cuenta qué es lo que el Señor nos quiere decir. Como humanos nos cuesta dar a las palabras otro significado del que nosotros creemos que tienen.

Jesús les dijo: «*En verdad, en verdad os digo: si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre no tenéis vida en vosotros.*»

Nos preguntamos: ¿No es suficiente la fe?, debemos responder que *no*. Jesús ha querido que su mensaje salvífico venga a nosotros mediante la sacramentalidad, que implica la fe, la aceptación; pero también la visualización de las mismas mediante el sacramento. La fe no se ve, no se siente, no se palpa; el sacramento sí; de aquí la importancia del discurso eucarístico. Siempre entrarán en juego la fe y el Sacramento: el discurso sobre el pan de vida y el discurso eucarístico.

El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día. Sin negar la vida espiritual, la vida actual, pues estamos ya en una escatología realizada; Jesús apunta a otra realidad, percibida, intuita; pero no realizada definitivamente. La plenitud tendrá lugar en el último día.

Quizá hasta ahora hemos pensado más en el último día que en el presente. Comer la carne de Jesús, beber su sangre son acciones que hacemos ahora; pero siempre tienen una consecuencia *ya; pero todavía no*

Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. El texto utiliza el verbo “comer” de tal manera que el significado simbólico de “comer y beber” establecido en la primera parte del discurso se traslada ahora al “pan” de la celebración eucarística.

Se trata de “comer” y de “beber”. Creo que deberíamos en nuestras celebraciones tener presente esto: acentuar más el aspecto “comida” y “bebida”. Nunca

comulgar con una sola especie y al hacerlo con el cáliz, realizarlo de una forma más significativa, más expresiva.

También deberíamos darnos cuenta de lo que significa “comer el cuerpo del Señor” y “beber su sangre”. Nunca la Eucaristía debería producir en nosotros un terrible temor, sino un amor entrañable. Dirá Teresita: “*el temor me hace retroceder, el amor me hace volar*”

El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él. El v. 56 utiliza “vivir en mí”, vive en mí y yo en él, propia de los discursos de despedida, capítulos 13-17.

Los efectos de la eucaristía se expresan mediante la fórmula de la permanencia mutua: el que come... permanece en mí y yo en él. Esta permanencia designa la vida cristiana como tal: el discípulo cristiano se define por la permanencia en la unión con Cristo (Jn 15, 4-7).

Esta unión es eficaz y se realiza cuando se cumple la exigencia única y decisiva impuesta al hombre, que es la fe en el Revelador, enviado por Dios y portador de la salvación.

El que me coma vivirá por mí: Esta afirmación implica, conlleva, abarca lo siguiente: Vivir para Cristo; vivir con Cristo y vivir en Cristo.

Creo que necesitamos escuchar a los místicos, a San Juan de la Cruz, en su Cántico Espiritual, para darnos cuenta de la sublimidad de vivir por Cristo.

Este es el pan bajado del cielo; no como el que comieron vuestros padres, y murieron; el que coma este pan vivirá para siempre.»

El maná bajado del “cielo”; también Jesús ha bajado del cielo (ya lo hemos explicado); del maná comieron vuestros padres y *murieron*. Aquí no se excluye la muerte física, pero debemos recordar que se refiere también a una muerte espiritual. El maná a largo plazo no puede impedir la muerte espiritual. *El que coma este pan vivirá para siempre.* Es la afirmación sublime de la calidad de este pan (El Cuerpo del Señor) que impide la muerte espiritual y además es garantía de inmortalidad.

Creo que la Liturgia de la Palabra que hemos analizado, nos ilumina a la hora de amar, querer, adorar el Cuerpo y la Sangre del Señor (su misma Persona para nosotros).

La actitud adorante es necesaria; pero no es suficiente; debemos comer el Cuerpo del Señor para ser uno con El y con los hermanos.

Soy partidario de la Celebración de esta solemne Fiesta; pero debemos abrirla a nuevos horizontes. La Teología debe proyectar su luz sobre esta Solemnidad. Si hacemos estos propósitos, los liturgistas, aún los más reacios, la aceptarán. Canalicemos nuestros sentimientos, educándolos. Pero también le decimos a la Teología que se haga más vida, más experiencia. Si históricamente podemos afirmar que esta Fiesta es fruto de una devoción medieval; me atrevo a decir que hasta cierto punto es algo connatural con el sentimiento que bulle en el interior del hombre, cuando se pone en contacto con Dios. Aquí cabe decir: “El corazón tiene razones que la razón no comprende”. La Piedad queda enriquecida, cuando es cultivada a la luz de la Teología y ésta se hace más humana y más divina, cuando escucha el clamor del sentimiento, del corazón. A Dios solamente se le ve bien con los ojos del corazón.

